

Juan Antonio Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica (Delendi sunt Indi)*, pról. de Leopoldo Zea, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, 342 p., ils. (Colección Tierra Firme).

Si bien ya es copioso el aporte (variable en cuanto a calidad y enfoques) de la historiografía norteamericana sobre nuestro desarrollo histórico, en especial sobre la época colonial, muy poco es lo que han dicho nuestros estudiosos sobre el devenir de este país, a pesar de que

son varias las voces que han señalado la importancia que para nosotros representa no sólo conocer sino penetrar en la historia de nuestros vecinos. Entre otras, ya desde 1953 se ha dejado oír la del doctor Juan Antonio Ortega y Medina quien nos ofrece ahora los frutos de muchos años de preocupación intelectual, mismos que se suman a sus numerosos y bien conocidos trabajos.

Libro peculiar, difícil y muy denso es el que nos ocupa, pues, al precisar los perfiles de la acción protestante anglosajona en América hace evidente la validez histórica y sobre todo humana de nuestra, a veces mal entendida y peor manipulada, mestiza iberoamericanidad.

En los cuatro capítulos de su libro [i) "Santos" y puritanos en América (la edad dorada y el "bueno" y mal salvaje. Los infortunios del Calibán indiano); ii) Rescate y salvación por la "letra" ("Come over and help us"); iii) Los enemigos de la evangelización puritana (Competencia misionera y herencia trágica) y, iv) Desarraigo telúrico y americanidad insuficiente (¿Crueldad anglosajona?)], el autor aborda variaciones sobre su tema principal para, al reforzarlo, completar el cuadro que en una fuga hacia el presente termina analizando las consecuencias actuales del proceso estudiado en la vida norteamericana.

En la introducción Leopoldo Zea sitúa al libro en el actual contexto latinoamericano, analizando meticulosamente cada una de sus partes y haciendo patente su importancia para la comprensión no únicamente de la historia americana sino del actual momento mundial, ya que nos muestra la motivación inconsciente que permitió a los norteamericanos —juicios valorativos aparte— erigir el mayor imperio que se haya visto.

En cierta forma, la historia de América, a partir de la colonización europea, primero española y posteriormente francesa y anglo-holandesa, ha sido la del enfrentamiento de dos concepciones distintas: la católica (iberoamericana) y la protestante (angloamericana), que si bien tienen un origen común, diferirán mucho en su desarrollo. El libro que nos ocupa se aboca al estudio de los que podemos llamar el desenvolvimiento americano de la disputa. Esto es, las empresas coloniales (vistas a través del proceso evangelizador) realizadas por católicos y protestantes en América. Fundamentalmente las españolas en la Nueva España y las inglesas en las primeras colonias novohispanas.

Más que tratar de absolver o de condenar a la evangelización puritana en Norteamérica, Ortega y Medina busca encontrarle una ex-

plicación científica; así, la sitúa dentro de su contexto para, al ir más allá de lo aparente, llegar a la fuerza motora que subyace en la visible crueldad anglosajona: la concepción anglopuritana de la naturaleza del hombre. Mas que intentar desentrañar la compleja y completa problemática analizada por el autor, sólo señalaremos los aspectos que según nuestro campo de interés nos parecieron relevantes.

El encuentro del Nuevo Mundo revivió entre los navegantes, escritores y filósofos del Viejo Continente la posibilidad de realizar el antiguo ideal de una edad dorada, herencia del mundo clásico, en la cual el hombre se encontraría tan cerca de la Naturaleza que viviría de lo que ésta buenamente le ofreciera.

Correspondió a la católica España establecer los primeros contactos con los *buenos salvajes* del tropezado *paraíso*. Impresión que, más de medio siglo transcurrido, no difirió en un principio de la captada por los anglosajones y franceses en sus primeros encuentros con los nativos americanos. Visión idílica que abarcó no sólo a los habitantes sino también a los territorios hallados. Lo que en los salvajes era bondad, fue fertilidad y riqueza en la tierra por ellos ocupada.

Para los ingleses, en su primer contacto, los pieles-rojas (menos recolectores-cazadores y mucho más agricultores de lo que se había pensado), representaron la pureza de la naturaleza humana frente a la decadencia europea. Imagen que, desde su idealizado punto de vista, plasmaron en dibujos, grabados y acuarelas. Interpretaciones que sin perder un cierto valor antropológico transportaban, apartándolo de su realidad, al indígena norteamericano a mundos romanos o renacentistas. Imagen tendiente a provocar las ansias colonizadoras en el Viejo Continente, mismas que, de paso, despertaban sentimientos anti-ibéricos. Al realzar idealísticamente la figura de los nativos se buscaba exacerbar el papel de verdugos achacado a los españoles. Inspirados en algunos de los escritos de Las Casas, los grabados anglosajones fueron las armas más comúnmente esgrimidas en contra de España, incluso ya a finales del siglo XIX. Sin embargo, a pesar de su idealizada belleza, dicha visión estética contribuyó muy poco a la salvación del indio norteamericano. Al comparar las representaciones inglesas con las españolas de los indígenas mesoamericanos, el autor considera que, en el fondo, se hacen evidentes las ideas rectoras de dos mundos en conflicto. Por un lado, el español-católico-tradicional con elementos medievales, pseudorrenacentistas y también prehistóricos (universalista), frente a la visión protestante-anglosajona y únicamente nórdicorrenacentista (individualista).

Esa idílica primera imagen pronto se deterioró transformando en su desgaste al buen salvaje en un bárbaro cualquiera. Frente a la visión paradisíaca se alzaba la concepción histórico-teológica del protestantismo anglosajón. A la destrucción de ella (en la cual correspondía al *buen salvaje* el papel de abastecedor de los anglosajones) contribuyó la negativa de los pieles-rojas a seguir alimentándolos con la esperanza de que se marcharan. Lo que hizo repensar a los ingleses el papel al que estaban predestinados en su nuevo mundo, desde luego más rico y prometedor, tanto en recursos naturales como en material humano, que el conquistado y colonizado por los españoles. La respuesta a dicho cuestionamiento fue intentar la asimilación de los indígenas norteamericanos por medio de la evangelización. Curiosamente el método evangelizador anglicano y puritano se basaba en premisas semejantes a las propuestas por Las Casas: intelecto, razón y la suave moción de la voluntad. Sin embargo, si bien la hipótesis resulta muy atrayente, como aclara el autor, resultaría muy aventurado asegurar que existió una influencia directa o indirecta de las ideas lascasasistas en los evangelizadores puritanos.

En el siglo xvi tres fueron los objetivos perseguidos por los ingleses, uno económico que le permitiera cultivar productos obtenidos a altos precios en el sur de Europa; otro político-estratégico encaminado a desbaratar al comercio español, mismo que redundaría en la liberación de Inglaterra de la amenaza hispana; y un tercero y último, espiritual, que buscaba la salvación cristiana del indio. Por diferentes razones la empresa fracasó.

Para Ortega y Medina en el siglo xvii el panorama cambió merced al nuevo tipo humano que intentó la tarea y que transplantó, con su modernidad, la crueldad basada en la idea en boga por aquella época de que el sometimiento de una nación conquistada tenía que hacerse por medio del temor y no por el del convencimiento. Pensamiento expresado en la aplicación americana de la frase "el mejor irlandés [es] el irlandés muerto", de esta forma para los ingleses "el mejor indio [fue] el indio muerto".

Los puritanos novoiñgleses, siguiendo a Calvino, consideraban al ser humano como uno fundamentalmente pecaminoso y depravado, determinismo teológico del que sólo podían salvarse unos cuantos elegidos por predestinación divina, idea que se complementaba con la teoría de la vocación o *calling* basada en el autoanálisis que llevaba a determinar para qué lo había hecho a uno Dios útil, la cual, nos dice el autor, "cubría y orientaba todas las actividades humanas".

Frente a tal doctrina el piel-roja se encontró carente de posibilidades para formar parte del mundo puritano-anglosajón. Con el paso del tiempo se suavizó la dureza dogmática puritana. Sin embargo, para el indígena norteamericano la tolerancia resultó ya tardía pues al haber sido liquidado ésta poco le importaría.

El nuevo intento de colonización del xvii se inició en forma bastante prometedora, aunque pronto las divisiones internas entre los ingleses produjeron nuevos asentamientos, con normas menos rígidas, cuyos habitantes pensaron que más efectiva que los pactos era la acción directa, manipulada de tal manera que al final, de despojadores, los ingleses pasaron a sentirse víctimas de conjuras y maquinaciones fraguadas en su contra por los indígenas. Situación que aunada a las disensiones internas de los indígenas y a las epidemias transmitidas por los blancos aprovecharon los anglosajones para iniciar su expansión por medio del aniquilamiento de los grupos nativos establecidos en los territorios que deseaban ocupar. El resultado tanto de las guerras como de la sumisión voluntaria fue un nuevo pacto en el cual, a cambio del trabajo de los pieles-rojas, los ingleses se comprometieron a gobernar, defender y, sobre todo, a darles a conocer "la palabra de Dios de acuerdo con el contenido bíblico" a los indígenas. O sea que se cambiaban temporalidades por espiritualidades; por supuesto, para tranquilidad de las conciencias puritanas, el trueque se hizo en forma legalizada. Choque de concepciones diferentes producto de visiones desiguales del mundo. Los ingleses compraban tierras, los indígenas creían vender el derecho al uso de las mismas. Al sentirse ambos bandos engañados se deshizo cruentamente el compromiso.

Lo dicho no quiere decir que no hubieran intentos de convivencia pacífica, sin embargo, por encima de éstos, se encontraban por un lado las desbordadas pretensiones inglesas que implicaban la aniquilación del mundo piel-roja y, por el otro, el esfuerzo de algunos grupos indígenas que, en un desesperado intento, pugnaron por conservar su antiguo y propio sistema de vida. Enfrentamiento que, nos dice Ortega y Medina, no fue el de dos razas sino el de dos concepciones diferentes de la vida.

En forma comparativa el autor considera que los españoles lograron buena parte de lo que se propusieron al incorporar en gran medida al indio a la cultura cristiana. Lo que, como hemos visto, no sucedió con los afanes anglo-protestantes. Lo anterior de ninguna manera obedeció a una falta de esfuerzos; afirmación que implica un rechazo de la idea de que los anglosajones no intentaron salvar al in-

dio mediante la evangelización. Los resultados obtenidos tuvieron que ver, más que con los hombres que lo intentaron, con las ideas que estaban detrás de ellos. Los católicos adaptaron su método a la realidad encontrada; los puritanos hicieron lo contrario. Asimismo es necesario considerar, de acuerdo con Ortega y Medina, la diferencia fundamental que significó el que la empresa española tuviera por cabeza a la Corona, a diferencia de las inglesas que más bien tuvieron el carácter de empresas privadas, lo que imposibilitaba que el indio norteamericano contara con la aleatoria ventaja que representaba el ser súbdito de un poder político central; sin olvidar que, frecuentemente, en las empresas inglesas el interés mercantil se sobrepuso al religioso. Los católicos buscaban integración, los protestantes permanecieron alejados. Tanto en el aspecto religioso como en el humano, por motivos teológico-racistas, entre ingleses y pieles-rojas no existió mestizaje cultural o biológico, lo que mucho tuvo que ver con su fracaso. En otras palabras, incluso desde muy temprano el español se sintió y, en cierta forma, se volvió americano; por su parte los ingleses carecieron de americanidad. O sea que el camino seguido por los protestantes, a pesar de tender retóricamente a la redención del indio norteamericano (ante lo que consideraron los puritanos la falta de *voluntad* de éste), lo condenaba a la destrucción no obstante los esfuerzos de algunos bien intencionados evangelizadores protestantes.

Podemos sostener, nos dice Ortega y Medina, "que los evangelizadores puritanos no fracasaron en su temple espiritual, en su amor o en su ferviente deseo religioso de salvar a los nativos; lo que los hizo fracasar fue la modernidad de un método inadecuado para la redención del indio".

Destrucción del indígena que, a pesar del intento —dramático por fallido— por *salvarlos*, molesta ahora a nuestros vecinos ya que también implicó la de sus raíces americanas. Hoy en día, a pesar de que buscan tranquilizar sus conciencias erigiendo monumentos en honor de los héroes indios vencidos, todavía no se deciden a integrar a su ser histórico los restos de las culturas que podrían darles su americanidad, más que perdida, nunca encontrada.

JESÚS MONJARÁS-RUIZ